rarla, y si intenta ejercerlo, no sabe cómo debe hacer, á causa de haberse habituado á ver en ese hermoso é imprescriptible derecho, un peligroso atentado á su fe. Además, le es más fácil conformarse con la doctrina consagrada, que examinar y juzgar los hechos. ¿Cuántos cristianos sinceros hay, cuántos creyentes convencidos? La mayoría, más desean, que creen; más imaginan, que saben. Unos creen por hábito, otros, porque han nacido en determinada latitud, y en fin, los más, por medida de prudencia, en consideración á las ventajas temporales que el convencionalismo proporciona, de donde resulta que el origen de la mayor parte de las instituciones religiosas es una mera cuestión de egoísta interés. El espíritu de imitación, tan preponderante entre los organismos inferiores, nos domina todavía de tal modo, que la reflexión misma,—nuestra única real superioridad,—es para nosotros un penoso trabajo, sobre todo, cuando se trata de aplicarla al estudio de lo desconocido y hay riesgo de que sean destruídas nuestras ilusiones y nuestros intereses ya establecidos. Con frecuencia nuestros sentidos erran y la imaginación nos hace ver cosas inexistentes. Cada siglo, cada país, posee prejuicios de los cuales es difícil sustraerse. Cada cual se cree obligado á obrar como los otros, á pensar y decir como ellos, y cuando está en vías de hacer por sí mismo luz sobre tal ó cual punto, siente temor de rehuir las tradiciones, de violar las costumbres, de encontrar argumentos que contradigan su manera de creer, obrar y vivir. Para muchos de los que profesan el cristianismo, la fe es simplemente inactividad espiritual, pereza, impotencia del razonamiento, miedo de avizorar nuevas orientaciones. «Yo no razono, —escribe Bourdalone *, porque si lo hiciera, mi razón nada encontraría que la determinara á creer; no razono porque si razonara, mi razón misma, oponiéndome dificultades, me apartaría de la creencia. Pensar de tal suerte es faltar á la fe cristiana.»

Y no se quiere razonar, no se razona; se admite la infalibilidad del dogma, que es la negación del progreso en la creación intelectual. El dogma es la negación del principio de la verdad, tal como lo quiere la conciencia. Es un producto de la ignorancia que se mantiene obstinadamente y transforma su ceguedad en regla de deber humano contrario á las enseñanzas de la conciencia. Su pretensión de regirla, mostrándose siempre opuesto á la razón, lo convierte, bajo todas sus formas, en algo que lógicamente es insostenible. Destruid el dogma y sólo quedará el vacío. Su inmovilidad sistemática detiene el vuelo del pensamiento.

La religión sobrenatural nos impide resolver las dos cuestiones principales de la vida: Cómo? Por qué? Todavía actualmente, en ciertos países, el despotismo se une á la superstición para suprimir, por la preponderancia de las religiones del Estado, el primero de los derechos de la conciencia humana, el de la creencia libre *. El miedo es servil, destruye la dignidad: es el terror nutrido de odio que el opresor inspira al esclavo. El miedo es el espanto que nos asalta en presencia de una amenaza y que termina por derruir nuestro poderío intelectual. La religión dogmática nos exige que abdiquemos nuestra condición de hombres capaces de observar y pensar. Y es al contrario de la intensidad del pensamiento de donde surge la creencia intelectual. La creencia sobrenatural destruye la personalidad. El más grande argumento de la creencia intelectual, es el *vouloir-vivre individuel*. Ella se propone perfeccionarnos, y alcanza radiosas expresiones en las obras de arte y de pensamiento. La satisfacción de las necesidades intelectuales es una

* *De la foi et des voies qui lui sont opposées.*

* Entre nosotros, á pesar de la aparente libertad, y aun en épocas de liberalismo gubernamental, ese derecho ha sido con frecuencia violado. Ocurre con ello como con la decantada libertad de imprenta: la acción combinada de las asechanzas del poder y del mercantilismo de los empresarios de periódicos, logra á veces que las ideas no alcancen ninguna expresión. N. del T.